

## Que no se nos mezcle y se nos confunda

= Envío del autor =

Señor  
Don J. García Monge,  
San José.

Mi distinguido amigo:

Publica el *Repertorio Americano*, la ilustrada y aplaudida revista que usted dirige, un artículo de la escritora saxoamericana, Miss Rebeca Kaye, en el cual, después de hacer algunas amargas consideraciones acerca de los elogios que tributó al pueblo de los Estados Unidos y a entidades de la banca newyorquina el actual Presidente de Colombia a su paso en 1929 por varias ciudades de la gran república, copia el telegrama en que dió cuenta el *New York Herald Tribune* de la llegada a Bogotá de Mr. George Rublee, experto en legislación de hidrocarburos, contratado por el gobierno del Dr. Olaya Herrera para prestar sus servicios en el ramo de su especial competencia.

Termina su artículo la escritora saxoamericana con los conceptos, demasiado ofensivos para el patriotismo colombiano, que transcribo en seguida: «Hoy van expertos norteamericanos a colaborar en la factura de leyes para el pueblo de Colombia. El lógico desarrollo de esto es que mañana lleguen marinos norteamericanos a hacer cumplir esas leyes. De lo segundo no habrá derecho a protestar si de lo primero no se protesta. ¡Ah, naciones doncellas que os entregáis al galán fuerte y os quejáis sólo cuando os comienzan los dolores del parto!»— (*Repertorio Americano*, XII-N.º 516).

Para explicar satisfactoriamente los que llama la colaboradora del *Repertorio* «desmesurados elogios» del hombre que iba a ser Presidente de Colombia a las instituciones y progresos de los Estados Unidos se hace preciso recordar los antecedentes de la elección del señor Olaya: Había éste residido en Washington durante ocho años en su carácter de Ministro de Colombia. Por su dón de simpatía, su cultura universitaria, sus dotes de orador de corte europeo y su clara inteligencia, el ministro recibió de las más prestigiosas personalidades del país ante el cual se hallaba acreditado, muestras de especial estimación. Era, pues, natural que se expresara en banquetes oficiales y en fiestas particulares en los términos más expresivos de las entidades públicas y privadas que le rendían homenaje al estadista que de una manera inusitada en Hispano-América y, tras repetidas instancias de los liberales colombianos, había aceptado la candidatura de Presidente de la República. Limitóse el señor Olaya Herrera a hacer, siguiendo las prácticas establecidas por la diplomacia, el elogio del gobierno y del pueblo que lo festejaban, dejando a sus anfitriones la tarea de elogiar lo que en la patria del festejado encontrasen digno de loa.

Miss Rebecca Kaye pone en duda la sinceridad de las declaraciones del señor Olaya Herrera. Mas éste, hombre de estudios serios en Ciencias económicas y sociales, estudiante de la Universidad Libre de Bruselas, que concurría en



*Campesina de las tierras calientes de Cundinamarca, Colombia.*

*Facciones delicadas, cutis tostado por el sol. Carnes enjutas. Piel blanca.*

*Ejecutan el lavado de su ropa a la orilla de los rios, de los que toman el agua para sus necesidades domésticas.*

(Cortesía de F. Wiesner Rozo, Bogotá.)

Washington como un simple *scholar* a las conferencias que sobre economía política dictaban reputados profesores, sentía cada vez con mayor sinceridad nacer en su espíritu de hombre estudioso una admiración consciente por las instituciones de los Estados Unidos. La mayoría de los hispano-americanos residentes en la poderosa república, desde el que se entrega a los deportes, o concurre a Cinelandia, hasta el pensador y el estadista, quienes estudian el desarrollo de la democracia saxoamericana, se sienten atraídos por la grandeza de los Estados Unidos.

Quien esta carta escribe admira ciertos aspectos de la civilización del poderío de la moderna Roma, pero ora sea porque apenas la conoce de paso, ora por diversas y complejas razones del corazón y del espíritu, que Waldo Frank explicaría filosóficamente, considérase libre de la atracción que en otros ejerce la gran potencia industrial, militar y política, que hoy se impone en el mundo.

No debe, pues, causar extrañeza a Miss Kaye, el que un estadista de la *finesse* y mesura del señor Olaya Herrera, haya querido dar a los hombres influyentes de la imperial república señaladas muestras de buena voluntad en la preocupación de buscar la armonía entre las relaciones de su patria y los Estados Unidos.

Y como es absolutamente imposible que Colombia se mantenga en un orgulloso aislamiento, dados los intereses que existen entre ella y la república anglo-

sajona, el gobernante que ascendió al solio de Bolívar en hora difícil para la economía de su país, ha procurado demostrar en palabras y con iniciativas cordiales que es un leal amigo del acercamiento entre los dos pueblos. Siguiendo esta orientación de su espíritu, solicita, a la luz del día, la colaboración de los expertos saxoamericanos en la empresa de reformar las leyes fiscales colombianas, y, para dar una prueba de la buena fé con que desea la armonización de los recíprocos intereses, contrata un experto en legislación de petróleos, el señor Rublee, cuyos conceptos, opiniones y consejos serán discutidos por los expertos nacionales, en juntas privadas, en comisiones del Congreso y por la prensa que es libre, más que en los Estados Unidos, en la modesta República de Colombia.

Dentro de un régimen de gobierno netamente constitucional; en un país en donde las cámaras representan al soberano, que es la Nación, debe descartarse el peligro proveniente de que el Ejecutivo imponga su parecer, e impida que sean discutidas las leyes.

Miss Kaye se equivoca al comparar a Colombia con Nicaragua. En vez de agradecerle los colombianos su mensaje, se lo devolvemos por ofensivo.

Miss Kaye carece del sentido de las proporciones. Todo para ella es muy alto, como el imperialismo de Teddy, o es muy bajo, como los traidores.

En frente del poderío económico militar e industrial de los Estados Unidos, los pueblos iberoamericanos y, en particular los que, como Colombia, se hallan en las proximidades de la zona de su mayor influencia, tienen que proceder con mucho tacto, pero también con una noble entereza patriótica en sus relaciones con la potente Unión.

Ni serviles instrumentos de aspiraciones imperialistas, ni hoscos enemigos que reciben con ánimo de piel roja prevenido toda manifestación amistosa de sus formidables vecinos. El temor que siente la púdica doncella en tratar con el fuerte galán, indica que carece de confianza en su propia fortaleza. La virtud de una nación débil no consistirá nunca en rehuir el contacto con las naciones poderosas, sino en defender con inquebrantable entereza sus legítimos derechos, la parte que jamás debe de ser disminuida de su personalidad soberana.

La *interdependencia* económica entre los diversos pueblos es consecuencia de las complicaciones de la civilización de nuestra época. Las más avanzadas naciones europeas, como la casi totalidad de las americanas, son deudoras del super-estado económico que ha llegado en este siglo al ápice de su desarrollo. Cuando se ha tratado de arreglar las deudas de la post-guerra, los países europeos han tenido que confiar a expertos del que aparece como acreedor de todos ellos, la tarea de redactar el plan correspondiente para el pago de sus respectivas deudas. Y esas naciones han

(Pasa a la página 127.)